

CORVUS

Títulos de Paul Kearney

Las Monarquías de Dios

El viaje de Hawkwood

Los reyes heréticos

Las guerras de hierro

El segundo imperio

Naves del oeste

Trilogía de los Macht

Los diez mil

Corvus

Reyes del amanecer (en preparación)

Paul Kearney

Corvus

Traducción de
Núria Gres



Título original:
Corvus
Traducción de Núria Gres

Ilustración de cubierta: Chris McGrath
Diseño de cubierta: Alejandro Terán

Primera edición: noviembre de 2013

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra y su almacenaje o transmisión por cualquier medio sin permiso previo del editor.

© 2010 Paul Kearney

© 2013 Núria Gres
por la traducción

© 2013 Alamut
Luis G. Prado, editor
Alcalá, 387
28027 - Madrid
infoed@alamutediciones.com

Artifex Plus: el blog del editor
artifexplus.blogspot.com

IBIC: FM
ISBN: 978-84-9889-088-4
Depósito legal: M-30740-2013

Impreso por Gráficas Cofás

Impreso en España
Printed in Spain

Para Marie

Este libro no hubiera existido sin la paciencia y el duro trabajo de Jon Oliver y John Jarrold, y les estoy enormemente agradecido a ambos por su apoyo y gran profesionalidad.

Primera parte

La lanza en el umbral

El agua tranquila

Como siempre, se detuvo en la cresta de la última loma. Apoyado en su lanza, contempló el creciente crepúsculo de sombras azuladas y exhaló algo parecido a un suspiro.

Ante él, la tierra se derramaba en pliegues y hondonadas cada vez más oscuras hasta encontrarse con la sombra llana de la cañada en el fondo del valle. Distinguió un destello rojo cuando el río pareció levantar la vista hacia la última luz del sol. Luego las laderas montañosas de alrededor parecieron arremolinarse, casi encogiéndose ante la llegada de la noche, y el valle desapareció, como en el truco de un prestidigitador. Pero en aquella tranquila oscuridad, pudo distinguir el resplandor de una luz, que ardía firme y amarilla.

La lanza crujió bajo su peso. Las correas de cuero del petate y el escudo se le clavaban en los hombros. El calor del día pareció abandonarle, como si el aire cálido se precipitara a llenar la fría oscuridad del fondo del valle. Cerró los ojos cuando el aire le besó el sudor resplandeciente de la frente, y se volvió, irguiéndose.

Tras él, en la cara norte de la loma, había una larga hilera de hombres sentados al borde del camino. Todos iban cargados con la coraza y el escudo. Todos empuñaban una lanza. Levantaron la vista cuando se volvió a mirarlos, y sus ojos eran destellos pálidos bajo el crepúsculo que cubría las montañas detrás de ellos.

—He llegado —dijo—. Aquí es donde os dejo.

La noticia recorrió la hilera. Los hombres se levantaron en una oleada de movimiento, como una serpiente que despertara lentamente a lo largo del camino. Tres siluetas se le acercaron desde el inicio de la fila, formando una punta de flecha. Una de ellas llevaba un estandarte, un asta de madera de tejo con una bandera harapienta que ondeaba perezosamente bajo la brisa del crepúsculo. En su maltrecha superficie podía distinguirse apenas el hocico estilizado de un perro o un lobo.

—Te visitaremos antes de las primeras nieves —dijo el portaestandarte, un tipo enorme con la frente arrugada sobre unos ojos como astillas de cristal azul. Sonrió, mostrando unos dientes anchos y amarillos, algunos de ellos adornados con hilo de plata.

—No lo haréis. Sois unos embusteros, y lleváis demasiado oro en el bolsillo. No lo gastes todo de una vez, Kesiro. Y tened los ojos bien abiertos por esos tipos de Machran, especialmente Karnos. Cuando llegue el Año Nuevo, tendréis que encontrar nuevos trabajos.

—¿Y tú, Rictus? —dijo otro de ellos. Era más joven, un hombre alto, delgado y pelirrojo que hubiera poseído la belleza de una muchacha de no ser por una profunda cicatriz bajo el ojo izquierdo, que le arrastraba hacia abajo el párpado inferior, desequilibrando su rostro y dándole una expresión al mismo tiempo burlona y lastimera.

—¿Qué quieres saber de mí?

—¿Te veremos cuando acabe el año?

Rictus hizo una pausa. Su mirada recorrió el camino, por encima de las docenas de hombres que lo bordeaban en silencio, todos ellos con la vista levantada hacia él, en la cima de la loma. El último resplandor del sol se reflejó en sus ojos y los hizo destellar con una luz rojiza. Era un hombre grande, con una melena de cabello rubio ve-teado de gris, ancho de hombros y largo de brazos, sin una onza de carne de más en el rostro. Cuando apretó los labios, el contorno de los dientes se volvió visible debajo de ellos, y una antigua cicatriz recorrió el camino desde su labio inferior a la barbilla.

—Esperaré a Año Nuevo, Valerian, y veré qué me depara Antimone —dijo al fin, restando peso a sus palabras con una sonrisa. Valerian se recolocó el petate sobre los hombros.

—Muy bien entonces. ¡Nos espera Hal Goshen, muchachos! —dijo, y su rostro torcido se pareció a dos mitades de máscaras diferentes—. ¡Nos esperan el vino rojo y las mujeres húmedas! Vendré con Kesiro, Rictus, y te sacaré de tu madriguera antes de que las nieves te entieren demasiado profundamente. —Levantó la lanza por encima de la cabeza, y señaló con ella hacia el este—. ¡Cabezas de Perro! —gritó, y el sonido fue repetido por las montañas y lanzado por todas las tierras altas—. Adelante. Podemos recorrer diez pasangs más antes de que salga Phobos.

Tras él, las largas hileras de hombres emprendieron la marcha, tomando un camino pedregoso que recorría la cresta de la loma, con la última luz del sol a las espaldas. Valerian tendió una mano, y Rictus se la estrechó. Luego el corpulento y arrugado portaestandarte, Kesiro, hizo lo mismo. Se pusieron al frente de la hilera de figuras cargadas, y Rictus se quedó mirándolos marchar. Mientras los hombres pasaban junto a él en su camino hacia el este, todos ellos le

dirigieron una inclinación de cabeza. Unos cuantos se golpearon el pecho con las lanzas en señal de saludo. Cuando hubo pasado la retaguardia, había oscurecido casi por completo, y millones de estrellas resplandecían en el cielo.

Una silueta oscura se desplegó entre las sombras por debajo de Rictus y se irguió hasta convertirse en un hombre compacto de barba negra, con el rostro afilado como el hocico de un zorro.

—Bueno, ¿vas a quedarte aquí hasta que te encuentre Phobos, o vamos a ir a casa? —preguntó el hombre, malhumorado. Bostezó y se frotó los ojos.

—Todo es bajada desde aquí, Fornyx —dijo Rictus—. Esta noche dormirás en una cama con un buen fuego junto a los pies.

Los dos hombres emprendieron el descenso hacia la cañada, desde donde se elevaba el sonido de agua corriente. Se movían en silencio, y sus pies calzados con sandalias devoraban la pendiente con el paso firme propio de los hombres habituados a marchar durante toda su vida.

—No vas a retirarte. Sólo se lo dices para tomarles el pelo —dijo Fornyx, hurgándose los dientes con la uña del pulgar mientras caminaba.

Rictus siguió andando en silencio, con los ojos fijos en el único punto de luz visible en la cañada debajo de ellos.

—Y si vas a retirarte —continuó Fornyx—, ¿por qué enterrarte en vida en estas colinas? Es muy difícil llegar hasta aquí, Rictus. —Al no recibir respuesta, continuó—: Cualquier ciudad de las Harukush te cubriría de oro sólo por tener tu lanza plantada en sus murallas. Podrías vivir como un rey, si quisieras.

—Nosotros no tenemos reyes —dijo rápidamente Rictus—. Y no siento ningún deseo de convertirme en uno. Maldita sea, Fornyx, ¿es que nunca te callas? Amas estas colinas tanto como yo. Y además, ya hay bastante oro enterrado bajo la chimenea de Andunnon.

Fornyx sonrió, con un aspecto más lobuno que nunca. La parte superior de su cabeza alcanzaba apenas el hombro de su compañero, pero los músculos de sus brazos y piernas eran como alambres enrollados, y seguía el ritmo de las largas zancadas de Rictus sin esfuerzo aparente.

—Hablar me divierte, y si nadie me responde, seguiré divirtiéndome hasta que se me haga caso.

—Bien, diviértete en silencio un momento, ¿quieres? Para aquí.

Se detuvieron, casi al borde un río montañoso, que caía resplandeciendo desde un acantilado rocoso al oeste y recorría el fondo de la cañada, espumeando y gorgoteando en su lecho de piedra. Rictus aspiró profundamente el aire cada vez más fresco.

—¿Hueles los pinos? —preguntó—. Todavía hay ajo en la orilla opuesta, y también tomillo. Me pregunto cómo le ha ido a la cebada este año.

—Igual que el anterior, supongo —dijo Fornyx con un resoplido—. Aise y Eunion lo tendrán todo floreciendo, como siempre. Vamos a refrescarnos los pies.

Empezó a chapotear a través del riachuelo plateado. Rictus le observó, sonriendo ligeramente. En los bosques colgantes que alfombraban las partes altas de la cañada ululó un búho, como si él también se preguntara qué le estaba reteniendo. Su mano ascendió hasta su cuello, y allí, al borde de su coraza, acarició un cordón de cuero del que colgaban un diente de lobo y un fragmento de coral redondeado. Luego Rictus empezó a vadear las rápidas y frías aguas en pos de Fornyx.

Acudieron los perros, que les recibieron ladrando cuando se acercaron a los aleros de la granja, pero sus ladridos se convirtieron en grititos de felicidad al captar el olor de los dos hombres. Eran perros de caza grandes y moteados, que saltaban como cachorros en torno a Rictus y Fornyx, con la lengua colgando de entusiasmo. Un cuadrado de luz se abrió en la noche, deslumbrador, eliminando las estrellas y convirtiendo la cañada que les rodeaba en un espacio negro e insondable.

Apareció una mujer recortada en el umbral, con la luz del fuego y las lámparas brillando detrás de ella junto con el sonido de risas infantiles. La mujer dirigió una palabra brusca a los perros, que se calmaron al instante, sonriendo de felicidad. Las risas del interior cesaron. Rictus se acercó a la puerta.

La mujer que tenía delante era alta, con los ojos y el cabello color hierro. Iba envuelta en un chal de lana fina, del mismo tono azafrán que la luz que tenía detrás, de modo que parecía bañada en un cálido resplandor. Su rostro era largo, su mandíbula fuerte como la de un hombre, y al ver a Rictus y Fornyx sus ojos se abrieron ligeramente, pero aquél fue el único cambio en su rostro. Regresó al interior de la casa y salió con un plato plano.

—Señor. Bienvenido a casa —dijo, con una voz tan suave como la miel de brezo. Rictus y Fornyx tomaron sal del plato y la probaron.

—Que Antimone nos bendiga a todos —dijo Fornyx.

—Aise —dijo Rictus. Y se inclinó para besar a la mujer en la frente. Ella se hizo a un lado.

—Pasad. Os esperábamos desde que llegaron las noticias de Nemasís, hace más de un mes. —Una breve pausa, lo bastante larga para ser percibida—. Es tarde, pero todavía queda algo de cena.

Rictus tuvo que inclinarse para entrar en la casa. La luz de las lámparas y el escozor que el humo de leña le provocó en los ojos le obligaron a parpadear.

Era una granja de montaña, larga y baja, de paredes y suelo de piedra, con tejado de juncos del río. Tenía una chimenea en forma de colmena frente a la puerta, de la que emanaba la débil fragancia del pan cocido. De las vigas colgaban lámparas de aceite, suspendidas de cadenas de plata (Rictus las había traído del asedio de Avensis, quince años atrás), y la pesada mesa de pino y los bancos que habían construido Fornyx y él entre blasfemias de borracho, más de una década atrás, continuaba en su sitio, oscurecidos por el tiempo y el uso.

Pero también había objetos desconocidos: un nuevo telar se erguía entre las sombras de la pared norte, y un cofre con goznes de bronce había sustituido al anterior, donde Rictus había guardado sus manuscritos durante tanto tiempo como la casa llevaba en pie.

Y la gente también había cambiado. Eunion se levantó de su lugar junto al fuego, llevándose el puño al pecho. Se movía con más dificultad de lo que Rictus recordaba, y en su cráneo había aún menos cabello, pero la viva inteligencia de sus ojos oscuros era la misma.

—Bienvenido a casa, amo —dijo, usando aún el término, aunque Rictus le había liberado muchos años atrás.

—¿Estás bien, Eunion?

—Tan bien como siempre, amo. La señora me mantiene vivo.

Los recién llegados dejaron caer su carga sobre el suelo de piedra, aflojando los cierres de su armadura. Eunion les retiró las corazas negras de las espaldas y las colocó con gran respeto sobre los soportes en forma de cruz junto a la pared del aguilón. Hizo lo mismo con el resto del equipo, hasta que pareció que había dos hombres con armadura y yelmo agazapados entre las sombras, con los hombros cubiertos por capas escarlatas.

Aise había desaparecido por la puerta trasera, y pudieron oírle dar palmadas llamado a los esclavos. Rictus fue a detenerla (no quería alboroto), pero lo pensó mejor. Era su casa, después de todo, y había pasado más de un año desde su última visita.

—Bien, ¿no vais a decirme nada? —dijo a las dos delgadas figuras erguidas junto al fuego—. ¿Es que no me conocéis?

—Siempre —dijo una de ellas, que saltó a sus brazos enseguida. Rictus la hizo girar por el aire, riendo y respirando su olor, sintiendo la ligereza de la juventud de la muchacha contra su cuerpo; luego la dejó en el suelo y la miró fijamente.

—Por los dioses, Rian, eres aún más alta. ¿Es que nunca vas a parar de crecer?

—No hasta que sea tan alta como tú —replicó ella—. Un día podré mirarte directamente a los ojos.

—Tú siempre podrás mirarme a los ojos. —La besó, rodeándole el rostro con sus manos grandes y encallecidas por la lanza. La muchacha tenía los ojos de Rictus (o eso le habían dicho) y el cabello negro y espeso de la juventud de su madre.

—¿Cuántas primaveras tienes ahora? ¿Trece?

—Catorce —le corrigió ella desdeñosamente.

—Me apuesto algo a que hay colas de pretendientes en la puerta, deseosos de casarse contigo —dijo

—Sí, pero ninguno de ellos es lo bastante rico... ¡Y quiero a un hombre que sepa leer!

Rictus y Kornyx se echaron a reír.

Aise regresó con los dos esclavos de la casa, Garin, un hombre corpulento de unos treinta años, y una muchacha, una recién llegada a quien Rictus no había visto antes.

—¿Dónde la conseguiste? —preguntó a Aise, frunciendo el ceño. Rictus era quien tomaba las decisiones sobre la compra y venta de esclavos, una de las obligaciones del señor de la casa—. ¿Qué le ocurrió a Veria?

—Garin la dejó embarazada, y perdió al niño. Después de aquello, no hacía otra cosa que llorar por los rincones y no servía para nada, de modo que la vendí. Compré a esta chica, Styra, en Hal Goshen, en el mercado grande.

—Hal Goshen. —Rictus se mordió los labios, tras ver que Aise levantaba la barbilla a su modo combativo, como si se preparara para un golpe. Aquél no era el momento.

Miró a Garin, atareado amontonando leña y hojarasca junto al fuego, pero el hombre llevaba su máscara de esclavo, una expresión vacía y pétrea. Él y Veria habían formado una pareja, una unidad que Rictus no hubiera roto. Pero era más sentimental respecto a aquellos asuntos de lo que Aise había sido nunca. Tal vez se debía a los recuerdos de sus propias pérdidas.

—Padre, no le has dicho nada a Ona —dijo Rian en un susurro, apretándole la mano.

—Sí, sí. Ven aquí, muchachita, no te morderé.

Aise le había estropeado un poco el humor, y se le notó en la voz. Ona se le acercó, como un ratón a un halcón. Él le tendió una mano; la otra estaba aún en la cintura de su hija mayor.

—¿Ona? No pasa nada. Ven aquí conmigo.

Su hija menor también había crecido. Se había convertido en una niña de rostro pecoso, con el cabello castaño y grandes ojos verdes. Tenía ya siete... no, ocho años. Rictus la agarró con el brazo libre y la

atrajo hacia sí, recordando cuando cabalgaba sobre sus hombros riendo a carcajadas el otoño anterior, y el día que los tres habían regresado de los bosques con un cesto de setas y el pelo lleno de hojas de haya. Mantuvo a sus hijas en el círculo de sus brazos, sintiendo el aliento de Rian en el cuello y las manitas rollizas de Ona apretándole el brazo, y sólo entonces le pareció que verdaderamente había regresado a casa.

Había buena comida preparada para ellos, pese a lo tardío de la hora. Garin avivó el fuego hasta que resplandeció como una lámpara, y la esclava nueva, Styra, puso la mesa con los platos esmaltados que Rictus y Fornyx habían traído de alguna antigua campaña en la costa, cerámica de un rojo brillante decorada con delfines y pulpos.

Había pan de cebada y queso de cabra, olivas negras y aceite verde, y tiras de jamón curado del cerdo que habían matado el mes anterior. Ajo recogido junto al río, cebollas púrpuras que hacían lagrimear los ojos, y tomillo fresco para perfumarlo todo. Y vino, el vino amarillo y ligero con sabor a resina de las tierras altas. Rictus y Fornyx cayeron sobre la comida como perros hambrientos, y durante un rato la casa quedó en silencio, a excepción de sus gruñidos apreciativos y el crepitar de la leña en el fuego. Pero finalmente quedaron saciados, y se apartaron de la mesa emitiendo una mezcla de gruñido y gemido.

—¿Vino del año pasado, señora? —preguntó Fornyx.

Aise asintió.

—Preparamos seis ánforas, y todavía quedan cinco llenas. No bebemos mucho vino en ausencia del señor de la casa.

Rictus se levantó de la mesa, desperezándose. Alborotó el cabello negro de Rian al pasar junto a ella, y ajustó el resplandor oscuro como la medianoche de su coraza, expuesta en su soporte junto al aguilón este. Pasó los dedos por el penacho horizontal de pelo de caballo de su yelmo, y tocó la empuñadura de cuero de su lanza.

Permaneció allí un rato. Fornyx estaba convenciendo a Ona de que se sentara en su regazo; siempre había sido su favorita, tal vez porque su propia hija había tenido el cabello caoba. Aise recogía la mesa, y Eunion y los esclavos habían salido a echar un último vistazo al rebaño, o lo que quedaba de él. La granja recuperaba la rutina interrumpida de la noche, tras haber hecho un espacio para Rictus y Fornyx.

—¿Adónde has ido este año, padre? —preguntó Rian, reuniéndose con él frente a la sombría panoplia de su armadura. Rictus recordó la campaña de aquel verano, las interminables marchas a través del polvo, los errores e incompetencia de los hombres que le habían empleado. La sangre escarlata resplandeciendo sobre la hierba marchi-

ta. Un hombre destripado, tratando en vano de apartar las moscas de sus entrañas. Sus hombres cantando mientras mataban. Rictus cerró los ojos un segundo.

—No ha sido gran cosa. Muchas carreras por las colinas en torno a Nemasis. Apenas hemos tenido que luchar.

—¿Y tus hombres? ¿Están... están todos vivos?

—No todos, cariño. Así es la guerra; no todo el mundo puede regresar. Pero cantamos el Peán sobre las piras de nuestros muertos, devolvimos los suyos a los perdedores, y así terminó todo.

—¿Y Valerian está bien?

Rictus la miró con expresión divertida, aunque sólo a medias.

—Valerian está entero, como siempre. No me digas que todavía sientes algo por él, mi niña.

Rian se sonrojó, y su rostro pareció florecer.

—Sentía curiosidad, eso es todo.

—Bueno, tal vez le veas de cerca antes de que llegue el invierno. Él y Kesiro han prometido venir a visitarme antes de que la nieve cierre los pasos.

—¿De veras? —Su rostro se iluminó, como una margarita tocada por el sol. Extendió los brazos, le rodeó el cuello y le besó la cicatriz de la barbilla.

—De veras. Ahora vete a la cama, y llévate a tu hermana. Es casi medianoche.

—Por la mañana te enseñaré una cueva nueva, donde Eunion dice que duermen los osos.

—Sí, haremos eso. Ahora a dormir.

Durante los años, la granja había sido ampliada y extendida. Originalmente, consistía tan sólo en una habitación alargada con una tosca chimenea y una sola puerta torcida, cubierta por un trozo de piel de cabra. Aquello había sido al principio. Entonces Rictus, Fornyx y Eunion habían construido las paredes, piedra a piedra, y usaron mimbres de sauce para aguantar el tejado de turba. La propia Aise había cortado la turba, tendiéndosela a los hombres encaramados a las paredes.

Aquel primer invierno había sido tan frío que los cuatro dormían acurrucados juntos bajo las pieles de cordero, tan cerca del fuego que la lana se tiñó de oscuro, y los lobos rondaban y husmeaban junto a la misma puerta.

Desde entonces, el lugar se había ampliado casi cada año, y habían transcurrido cerca de veinte. Durante aquel tiempo, Rictus había combatido en quince campañas, y sólo había pasado unos cuantos veranos y primaveras allí.

Rictus llamaba a aquel valle Andunnon, Agua Tranquila, pues cuando el río se curvaba al fondo de la cañada detrás de la casa, su lecho se ensanchaba y la corriente se volvía parda y perezosa, con truchas del color de las pecas moviéndose como sombras en las profundidades iluminadas por el sol. También había sido el nombre del hogar de su niñez, muy al nordeste de allí, cerca de las ruinas quemadas de lo que había sido una ciudad.

Andunnon había florecido desde una simple cabaña de piedra a una verdadera granja. Habían cortado los arbustos y domesticado la maraña de olivos silvestres de la ladera oeste; habían plantado viñas al este, donde la cañada recibía el mejor calor del sol, y sembrado cebada en el suelo llano y fértil del valle. Pan, vino y olivas, la trinidad de la vida. Lo habían fabricado todo allí. Y también habían fabricado niñas, que continuarían con aquella vida después de ellos. Era más de lo que Rictus había soñado con poseer. Y no había necesitado construirlo con sangre.

La granja tenía anexos y extensiones: habitaciones para los esclavos y visitantes, y también para Fornyx, pues aquella también era su casa. Se había convertido en una extensión deforme y mal diseñada de piedra, turba y juncos que sin embargo parecía pertenecer al paisaje tanto como el río que la rodeaba. La granja se había acomodado a la propia tierra, y formaba parte de las estaciones igual que la mano de un hombre formaba parte de su brazo. No importaba lo lejos que Rictus estuviera, ni a cuántos hombres hubiera arrebatado la luz de la vida, su hogar estaba allí, y allí era donde su espíritu encontraba la escasa paz que los recuerdos le permitían.

Fornyx se había acostado, con el potente vino amarillo resonando en su cabeza, y Rictus se reunió con Aise junto al fuego moribundo, con los perros tumbados y satisfechos a sus pies. Aise había apagado las lámparas, todas menos un pequeño cuenco de arcilla que iluminaría su camino cuando se acostaran, y entre su luz parpadeante y el resplandor rojizo del hogar, su esposa casi le pareció joven de nuevo, con las arrugas disimuladas y los fuertes huesos de su rostro resaltados por las sombras.

Rictus podía ver a Rian en aquel ostro, y a Ona, y al niño que había nacido entre ellas y cuyas cenizas formaban parte de la tierra y el aire del mismo valle. Alargó la mano. Aise le miró con su sonrisa precavida, y dejó que le tomara los dedos.

—Bien, esposa —dijo Rictus.

—Bien, esposo.

El viento arreciaba en el exterior, y por el silbido en la chimenea de arcilla Rictus supo que procedía de las montañas del oeste. Pronto llegaría la nieve, tal vez aquella misma noche. Estuvo a punto de

preguntar a Aise si ya habian llevado a las cabras a los pastos bajos, pero se contuvo a tiempo. Ella se habria encargado, como se encargaba de todo cuando él no estaba.

—La cerda tuvo una camada de seis —dijo Aise, retirando la mano—. Matamos a dos, y vendimos al resto en Onthere. Los vorine se llevaron a dos cabritos, pero en primavera Eunion y Garin encontraron una madriguera en la colina de Crag, y mataron a la hembra y sus cachorros. No hemos visto más desde entonces.

Rictus asintió.

—El prensado ha sido bueno, una docena de jarras. Hice la pasta de olivas que te gusta, con vinagre negro de las tierras bajas; compramos un odre cuando vendi los cerdos.

—No debiste vender a Veria —dijo Rictus en voz baja.

El rostro de Aise no se alteró.

—Estaba descontenta, siempre hablando de su bebé muerto, e inquietaba a Garin con sus lloros.

—Un hijo muerto no es una tontería —dijo Rictus, con más calor en la voz. Aise no pareció oírle.

—Tuve que coger oro del cofre para pagar la diferencia, pero Styra es un partido mejor. Es joven, tiene buenas caderas, y Garin tendrá pronto un hijo con ella. —Hizo una pausa—. A menos que prefieras ser tú mismo quien are su campo.

Rictus miró a su esposa entre el enfado y el desconcierto, estudiando su rostro a la roja luz del fuego.

—No me acuesto con mis esclavas, esposa. Eso es algo que nunca he hecho.

—Yo fui tu esclava, y te acostaste conmigo —dijo Aise friamente.

Algo parecido a un escalofrío recorrió la espalda de Rictus. Habían ido directamente a los antiguos depósitos de armas olvidadas y almacenadas en sus corazones, y las habían desenterrado todas. Volvían a estar afiladas y resplandecientes.

—Entonces era distinto. Nosotros éramos distintos. Por los dioses, mujer, no quiero hablar de esto la primera noche que paso en casa. Tú eres la piedra sobre la que he construido esta vida. Lo hecho, hecho está.

—Y durante las campañas del año, ¿recuerdas a los servicios de alguna chica del campamento al final del día?

—Sabes que sí, de vez en cuando. Soy un hombre. Tengo sangre en las venas.

—Cuando te fuiste, dijiste que iba a ser una campaña de verano, nada más. Y aquí estás, después de casi un año y medio. Me dijiste que esto había terminado, Rictus. No más campañas. Me dijiste que dejarías la capa escarlata y te quedarías aquí conmigo.

—Lo sé.

—No necesitamos más dinero; tenemos todo lo que un hombre podría desear.

—Excepto un hijo —espetó él. Y en cuanto lo hubo dicho, sintió deseos de abofetearse a sí mismo. Una pelea estúpida, tan inútil como la campaña de aquel año.

Aise miró fijamente el fuego, y de algún modo pareció marchitarse ante Rictus, aunque no se movió.

—No debí decir eso; no tenía ningún motivo —dijo él, tendiéndole de nuevo la mano. Ella se la dio, pero como algo inerte. Su actitud era obediente, nada más.

—Los hombres quieren hijos —dijo Aise en tono ligero—. Así es la vida. Así es como los hombres quieren ser recordados. Una hija abandona la casa, y se convierte en parte de otra familia. Un hijo continúa la suya. —Miró a Rictus directamente, con el rostro inexpresivo como la hoja de una espada—. Deberías tomar otra esposa.

—Ya tengo esposa.

—Ya no puedo tener hijos, o me falta tan poco para ello que no importa. Y tú tampoco eres joven. Si quieres un heredero, tendrás que engendrárselo a alguna mujer decente; no estaría bien que su madre fuera una esclava.

—Tú también fuiste una esclava —le recordó Rictus con vehemencia—. ¿Crees que eso me importa, después de todo este tiempo?

Ella sonrió, y en su rostro había amargura y al mismo tiempo una especie de felicidad, como si un recuerdo le hubiera iluminado los ojos.

—Tú me liberaste. No quisiste tomar a ninguna otra que no fuera yo. No lo olvido, Rictus. Nunca lo olvidaré.

—Entonces vamos a la cama —dijo él, tirándole de la mano como un niño que tratara de llamar la atención de su madre. Era como intentar arrancar la raíz de un roble.

—No; me quedaré aquí un rato con los perros. Tú ve a la cama. Hay una jofaina de agua para que te laves.

—Hubo un tiempo en que me hubieras lavado tú misma, Aise, y yo te hubiera devuelto el favor.

—Ya no somos jovencitos, Rictus, para aparearnos como perros a la mínima oportunidad.

—Tampoco estamos muertos —espetó él, y se levantó, con el rostro lleno de ira. Tomó a su esposa por los brazos y la puso en pie. Ella le miró directamente, inexpresiva como la pizarra. Con algo parecido a un gruñido, Rictus la tomó en brazos y atravesó la habitación, mientras los perros gemían al percibir el cambio de ambiente. Abrió de un puntapié la puerta que conducía a su dormitorio. Había una sola

lámpara encendida, y sus músculos se tensaron mientras se preparaba para arrojar a la mujer sobre la cama.

Pero se detuvo, con los brazos en torno al delgado cuerpo de su esposa. Ella estaba tensa, como el rostro de un hombre preparado para recibir un golpe.

Era un espacio pulcro y ordenado. Aise le había preparado un quitón nuevo, y las maltrechas sandalias que siempre utilizaba en la granja. Vio las últimas flores del año, recién cortadas en un jarrón, el jarrón aguamarina que había traído de Sinon, hacía una eternidad, y que ella siempre había conservado, por el recuerdo. Sábanas limpias, jarra y jofaina, todo preparado como se lo había preparado Aise durante más de veinte años, a veces bajo un techo, a veces bajo la lona harapienta de una tienda de campaña, y a veces bajo nada más que el dosel de las estrellas. Su ira se esfumó.

La depositó suavemente sobre el lecho de sauce, con el rostro apretado. Besó a su esposa en la frente; sus rasgos eran ilegibles bajo la sombra que él proyectaba frente a la lámpara. Permaneció un momento ante ella, como un gigante oscuro, un intruso que llenaba la habitación con su corpulencia y el olor del camino, el hedor del ejército. Luego se volvió y salió, cerrando la puerta detrás de él.

La primera noche de su regreso, Rictus durmió en el suelo frente al fuego moribundo, envuelto en la capa escarlata y con los perros enroscados en torno a él por toda compañía.

2

La cabra y su águila

Como había predicho Rictus, la nieve hizo su aparición aquella noche, cayendo en silencio en la oscuridad. Rictus se levantó mucho antes del amanecer para avivar las cenizas del fuego y hacer brotar de ellas un calor rojo, arrojando lumbre sobre el resplandor de las ascuas. Los perros se pusieron en pie a su lado, desperezándose y bostezando. El viejo Mij le lamió la cara y no quiso separarse de él hasta que le hubo rascado bien las orejas, mientras Pira, la joven perra, se revolcaba por el suelo, arqueando la espalda como un gato.

Abrió la puerta y se estremeció en su capa desgastada. En la oscuridad previa al alba, la nieve se extendía, gris y uniforme a través del valle que tenía delante. Por encima del borde de las montañas aún se veía al rojo Haukos, pero su hermano Phobos casi se había puesto.

Rictus anduvo descalzo sobre la nieve virgen, con los perros trotando detrás de él. En la blancura uniforme, sólo el río parecía oscuro en su ruidoso parloteo consigo mismo. Unas huellas en la nieve captaron la atención de Rictus; una liebre, y junto al borde del río había excrementos de un campañol aventurero que aún no estaba listo para su sueño invernal. Los perros olfatearon la orilla mientras lamían el agua.

Rictus se arrodilló junto a ellos sobre el gélido barro y sumergió las manos en la corriente, arrojándose agua sobre la cabeza y el cuello. El frío le hizo jadear, pero le despertó por completo.

Cuando regresó, la casa había cobrado vida. El fuego era un rugido amarillo, y Aise atendía una cacerola colgada sobre él; gachas de cebada, a juzgar por el olor. La nueva esclava, Styra, había traído más leña, y Fornyx estaba sentado a la mesa de la cocina, con los rastros de la bebida de la noche anterior visibles en el rostro.

—Estás demasiado despierto —dijo a Rictus—. No bebes lo suficiente; nunca lo hiciste. Señora —dijo a Aise—, ¿queda algo más de aquel buen vino amarillo para hacer pasar la resaca?

—Las gachas te sentarán mejor —dijo Aise, mientras depositaba un cuenco frente a él.

—¿Dónde están las niñas? —le preguntó Rictus.

Ella no levantó la vista de la cacerola para replicar:

—Fuera, ordeñando las cabras. Volverán enseguida. Come, espeso, mientras está caliente.

Rictus comió de pie, siguiendo su antigua costumbre, tomando con los dedos la pegajosa sustancia, hasta que captó la mirada significativa de Fornyx y cogió una cuchara de cuerno de la mesa.

Entraron las niñas, con cubos de leche de cabra tibia, charlando como estorninos, aunque Ona se quedó callada y con los ojos muy abiertos al ver a su padre con su capa roja de guerrero. Eunion las seguía de cerca, envuelto en la grasienta piel de cordero que había llevado todos los inviernos desde que Rictus le conocía. De repente, la cocina se convirtió en un lugar vivo, ruidoso y lleno de gente, una mesa rodeada de rostros entre el estrépito de los utensilios. Fornyx empezó a intercambiar bromas matutinas con Rian como si nunca hubiera estado fuera, y los perros permanecieron silenciosos tras las dos niñas, hasta que su paciencia dio frutos en forma de cortezas de pan mojadas en leche.

Rictus se quedó en pie junto a la puerta, mientras hacía girar mecánicamente la cuchara en el cuenco vacío. Los contempló sin decir nada, como el fantasma de un guardián, y sintió un dolor inexplicable cerca del corazón. Aquélla era su familia. Él la había unido, la había creado. Las niñas eran de su propia sangre, y los demás estaban tan unidos a él por los recuerdos y el paso de los años que eran igual que parientes.

¿Por qué, entonces, se sentía a veces como si fuera un forastero que lo contemplaba todo desde el exterior?

Eunion había sido tutor de literatura antes de que Rictus y sus hombres derrotaran en una batalla al ejército de su ciudad. Una décima parte de los soldados derrotados habían sido vendidos como esclavos en cumplimiento de los acuerdos que habían concluido la guerra, un asunto sin ninguna importancia en algún lugar al oeste de Machran. Rictus ni siquiera recordaba ya el nombre de la ciudad que le había contratado para combatir contra el pueblo de Eunion.

Los derrotados habían echado a suertes quién sería vendido, y la fortuna no había favorecido a Eunion. Tenía una hermosa voz de cantante, y conocía todas las canciones y baladas de las tierras bajas del oeste; por ello, y por su cultura, Rictus lo había comprado, para salvarlo de los traficantes de esclavos que acudían como cuervos a la conclusión de cada batalla. Una decisión simple, tomada en el impul-

so del momento. Había evitado que Eunion acabara en las minas, y le había granjeado a Rictus la amistad de un hombre excepcional, tan honesto y decente como era posible serlo en aquel mundo fracturado.

Fornyx había tomado la capa escarlata al servicio de un centón mercenario cuando era poco más que un niño. Había sido maltratado por los soldados, y convertido en un sirviente. Los centones de Rictus les habían derrotado en un combate duro y encarnizado cerca de la costa de Kupria. Era otoño; la temporada de campañas casi había terminado, y los dos pequeños ejércitos habían combatido bajo la lluvia, convirtiendo el suelo bajo sus pies en un pantano donde los heridos eran pisoteados y asfixiados.

Al acabar la batalla, Rictus había encontrado al pequeño Fornyx destrozando el cráneo de su propio centurión con una piedra. Había reconocido la mirada en los ojos del niño; la había visto en los ojos de muchos otros por todas las ciudades azotadas por la guerra de las Harukush. Hubo una época en que su propio rostro había tenido el mismo aspecto. De modo que había reclutado al pequeño Fornyx para sus propios centones, y con el tiempo el niño se convirtió en un hombre que resultó más fiel que ningún perro, aunque poseía un sentido del humor ácido, capaz de provocar oleadas de carcajadas entre los hombres o hacer que se lanzaran unos sobre otros en el tiempo que se tardaba en beber un cuenco de vino.

Años después hubo una esposa y una hija, asesinadas por los hombres cabra mientras viajaban al encuentro de Fornyx allí, en Andunnon. Fue la única ocasión en que Rictus vio llorar a su amigo, mientras quemaban los lastimosos restos de su familia en una pira improvisada. Después de aquello, fue como si una luz se hubiera apagado en su interior.

No fue hasta el nacimiento de las hijas de Rictus que Fornyx recuperó algo de su antiguo fuego, como si Rian y Ona fueran de algún modo una compensación por su esposa e hija perdidas. Había vivido en Andunnon desde entonces; Aise había insistido en ello. Fornyx era el primer centurión de los Cabezas de Perro, el segundo de Rictus. Era un líder natural, acostumbrado a dirigir a los hombres más endurecidos. Pero las hijas de Rictus le conocían como el tío Fornyx, que les traía regalos de sus viajes y les contaba historias que las hacían gritar de risa.

Era lo más parecido a un hermano que Rictus hubiera conocido.

Y luego estaba Aise. Rictus la observó, sentada junto al fuego en su lugar habitual, con la mirada enternecida mientras Fornyx explicaba una de sus absurdas historias junto a la mesa y las niñas le escuchaban embobadas.

Aise fue un botín de guerra, una esclava entregada a Rictus como parte del pago de una deuda. Había sido contratado por una ciudad pobre de las tierras altas para que la defendiera durante el largo invierno de las ambiciones de una vecina más próspera. Una vez terminado el trabajo, la ciudad tenía poco dinero con que pagarles, de modo que les había dado lo que había podido: ganado, hierro, vino y esclavos.

Aquella muchacha alta y hermosa de cabello oscuro que tenía aire de reina había llamado inmediatamente la atención de Rictus, algo con lo que indudablemente habían contado los ancianos de la ciudad. Era una auténtica belleza, pero no era aquello lo que atrajo a Rictus. Había visto miles de esclavas hermosas en el curso de sus campañas. No, había sido su porte, la calma que parecía emanar de ella.

Durante las primeras semanas de su posesión, Rictus ni siquiera había intentado acostarse con ella. Había visto lo que hacían las violaciones, y aunque había hombres que las consideraban simplemente una parte más del proceso de las guerras, él las detestaba con toda su alma. Había matado a sus propios hombres por aquel motivo en varias ocasiones. En lugar de ello, trató a Aise con cortesía, casi como si fuera una invitada. Ni siquiera sabía muy bien por qué.

Al menos, no se debía a nada que hubiera podido explicar con palabras que tuvieran sentido, ni siquiera a Fornyx. Pero fue en aquellos días, en torno a las hogueras del campamento, cuando, al mirar los rostros que le rodeaban, Fornyx, Eunión y más tarde Aise, comprendió que había encontrado algo precioso, o que tenía la posibilidad de encontrarlo. Tal vez una especie de plenitud.

Se conocía a sí mismo; en su fuero interno, sabía que estaba tratando de recrear la familia que había perdido años atrás, en la caída de Isca. Pero ello no significaba que estuviera equivocado.

Cuando se acostó con Aise por primera vez, fue porque ella acudió a él por voluntad propia, cosa que aún la volvió más singular a sus ojos. Se unieron por curiosidad y una especie de apetito mutuo. Tal vez ella también trataba de recrear algo de una vida anterior, una vida perdida para siempre.

Poco menos de un mes más tarde, Rictus liberó a Aise y a Eunión, mientras Fornyx ponía los ojos en blanco y los demás centuriones intercambiaban apuestas sobre el tiempo que pasarían entre ellos aquellos extraños.

Habían transcurrido veinte años.

Aise levantó la vista del cuenco para mirarlo. Su magnífica mata de cabello estaba recogida en la parte trasera de su cabeza, ya totalmen-

te gris, y había arrugas oscuras en torno a su nariz. El quitón largo y sin forma que vestía la volvía casi asexual, y sus manos tenían los nudillos ásperos y encallecidos por el trabajo en la granja. Pero sus ojos eran los mismos, aquel gris hierro tan raro en las tierras bajas. Igual que los ojos de Rictus, los de su mujer parecían de una nativa de las tierras altas.

Una oleada de risas recorrió la mesa, y Eunion echó atrás la cabeza como un chiquillo. Fornyx se levantó, secándose los labios, con la broma aún en los ojos.

—Ah, no tenéis sentimientos. Encontráis divertida la historia de mis desventuras. Señora, gracias por la comida; creo que voy a ver el día que hace fuera, y tal vez añadiré algo a la corriente del río. ¿Me acompañas, hermano?

Rictus dirigió otra mirada a su esposa, pero ella estaba limpiando la mesa, dando instrucciones a las niñas y a Eunion y llamando a los esclavos. La maquinaria de la casa funcionaba con regularidad. Su regreso apenas la había perturbado.

—Te acompaño. Aquí no soy necesario. —El tono desagradable de su voz hizo que Aise se detuviera y le mirara una vez más, pero lo que estuviera pensando permaneció oculto tras sus ojos.

El sol había ascendido por encima de las montañas, y el valle era un resplandor intenso de blanco y azul. Los perros pisotearon la delgada capa de nieve, olfateando rastros invisibles. Rictus se quedó junto a Fornyx mientras el otro hombre orinaba en el río, con los ojos cerrados y sonriendo.

—Dale tiempo —dijo a Rictus, y anduvo unos pasos corriente arriba antes de arrodillarse en la nieve para lavarse.

—¿Tiempo para qué? ¿Para empezar a echarme de menos?

—Hemos estado fuera un año; más de un año. Ella es la señora aquí, Rictus. Luego llegas tú y alteras todo su mundo. Os llevará tiempo, pero los dos lo conseguiréis al final; siempre lo hacéis. —En voz más baja, añadió—: Cada año igual.

—Te he oído, listo.

—Muy bien. Escúchate también a ti mismo: nervioso como un niño. Dentro de tres días, Ona te estará abrazando, Aise tendrá besos para ti mañana y noche, y Rian seguirá pensando que su padre es un dios entre los hombres.

—Tal vez fui un estúpido por pensar en retirarme, en pasar aquí todo el año.

—Eres un estúpido, desde luego, pero no porque te falte amor por tu familia. Eres un maldito estúpido si piensas que cuidar cabras y plantar cebada será vida suficiente para ti.

—Fue suficiente para mi padre, y era iscano.

—No se trata de Isca. —Fornyx se irguió y resopló—. ¡Phobos, el agua está fría! Rictus, esa capa roja a tu espalda es todo lo que has conocido. ¡Por la misericordia de Antimone, fuiste el líder de los Diez Mil! Y, para bien o para mal, siempre lo serás. Me apuesto la paga de un año a que cuando oigas hablar de la próxima guerra, te pondrás húmedo como una chica ansiosa de poder rodear algo con las piernas.

—¿Y qué me dices de ti, pequeña comadreja barbuda? ¿Es que no tienes deseos de sentar la cabeza y...? —Estuvo a punto de decirlo. Y ver crecer a tus hijos. La frase flotó en el aire entre ellos.

—Si tengo una casa —dijo Fornyx, mucho más serio—, está aquí. Y el día que tú cuelgues la capa escarlata, yo haré lo mismo. No quería servir con nadie que no fueras tú.

—Nadie más te aceptaría.

Fornyx sonrió.

—No estés tan seguro. Haber sido el segundo de Rictus de Isca cuenta para mucho en este mundo. —Vaciló—. Sin embargo, te envidio.

—¿Qué es lo que me envidias? —preguntó Rictus. «Se trata de Aise», pensó. «Siempre se ha tratado de Aise». Pero las siguientes palabras de Fornyx le sorprendieron.

—Lo que viste en tu juventud. Los lugares por donde marchaste, el mundo que recorriste. Formaste parte de una leyenda, Rictus, y viste cosas que pocos entre los macht pueden imaginar. La tierra más allá del mar, y el imperio que la domina. Para todos nosotros no es nada más que una historia, o las palabras de una canción. Pero tú estuviste allí. Luchaste en Kunaksa. Sobreviviste a la carga del Gran Rey, y a la larga marcha de regreso. Daría cualquier cosa por haber formado parte de aquello.

—He oído decir eso mismo a muchos hombres, normalmente cuando están borrachos —dijo Rictus—. Pero nunca a ti.

—Creí que tenía demasiado sentido común. Tú y yo sabemos lo que es la guerra. De modo que sé cómo debió ser: peor que una pesadilla negra de Phobos. Pero haber formado parte de ello, haber hecho historia... eso significa algo.

Rictus recordó.

El calor devastador de aquellos días interminables en las colinas de Kunaksa, el hedor de los cadáveres. Los gritos de agonía de los caballos mutilados. Y los rostros de los que habían compartido todo aquello con él. Gasca, muerto en Irunshahr, no mucho mayor que un niño demasiado grande. Jason, al que había amado como a un hermano, y que había sobrevivido a todo ello sólo para ser acuchillado en una trifulca sin importancia en Sinon, en la misma orilla del mar.

El mar. Cómo lo había amado en su juventud. Y recordó a los supervivientes de los Diez Mil gritando de alegría al verlo. Aquel momento, aquel brillante destello de alegría, estaba grabado en piedra en su corazón.

—Fue hace mucho tiempo —dijo Rictus, con la voz algo pastosa—. Casi media vida. La marcha de los Diez Mil ya no es nada más que el recuerdo de un anciano.

Fornyx escupió en el río.

—Es más que eso, y tú lo sabes. Igual que tú serás siempre algo más que un granjero de las tierras altas con una lanza en el umbral. Cargamos con nuestro pasado por donde vamos, hermano, especialmente los que llevamos la Maldición negra. Es lo que somos.

Permanecieron uno junto al otro mientras el valle se iluminaba todavía más a su alrededor, y los pájaros de los bosques colgantes llenaban el aire de canciones.

—Es lo que somos —asintió Rictus al fin.

La nieve fue un prodigio matutino que desapareció a media tarde, excepto donde las sombras de los árboles protegían algunas capas del sol. Aquel primer día de su regreso, Rictus recorrió los límites de su pequeño reino con un bastón de avellano en la mano y un cuchillo de bronce al cinto para cortar el pan con cebolla y queso que le había preparado Aise.

Acompañado de Eunion y Rian, recorrió las laderas pardas hasta el terreno abierto más allá de los bosques, y permaneció allí, para contemplar como un rey su rebaño de cabras mientras los resistentes animales acababan con los últimos restos de hierba del año. Como todo lo demás, el rebaño había crecido durante la ausencia de Rictus.

El desigual trío se sentó en la hierba mientras el viento la hacía ondear a su alrededor y, con la llegada del mediodía, los tres empezaron a morder las cebollas rojas como si fueran manzanas. Los perros se tumbaron a un lado, atentos y con los ojos brillantes. La charla de Rian pasaba junto a los oídos de Rictus escuchada sólo a medias, haciéndole sonreír de vez en cuando si captaba su sentido general. Por lo demás, sin embargo, se limitaba a disfrutar del sonido de la voz de su hija mayor, y a apretarle de vez en cuando una mano, perdida en las profundidades de la alta hierba amarilla, como para asegurarse de que fuera real.

Por muy charlatana que fuera Rian, fue Eunion quien proporcionó a Rictus la versión más clara del año transcurrido. Efectivamente, había una cueva de osos en las laderas de la colina de Crag, oculta entre los arbustos y enebros que cubrían la ladera norte. Los osos eran casi sagrados para los macht, respetados por su fuerza y feroci-

dad, pero el ocupante de aquella cueva en particular era elusivo y, al menos por el momento, lo mejor era dejarlo en paz.

Apenas se habían visto vorine en el valle desde la muerte de la hembra y sus cachorros, pero en su lugar habían aparecido lobos explorando las colinas. El oso dormiría durante el invierno, pero los lobos no... Era algo a tener en cuenta.

El macho cabrío, el viejo, sabio y malvado Grenj, había luchado contra un águila, algo que Eunion nunca había visto ni oído mencionar antes. Rian representó la pelea mientras la describía como si fuera una historia de leyenda: una mano era el águila, y la otra el valiente Grenj. Cualquiera otro hubiera visto algún presagio en una cabra que daba muerte a un águila, pero para Eunion aquello no había sido nada más que un fenómeno natural fascinante, algo que recordar y analizar. Como si la narración le hubiera llamado, Grenj se abrió paso entre su harén para acercarse a ellos, con su majestuoso despliegue de cornamenta y sus fríos ojos amarillos. Era igual de bueno que un perro para proteger a los suyos, dijo Eunion, aunque había envejecido... El invierno siguiente podría ver su muerte.

—Cuando haya muerto, pondremos sus cuernos encima de un poste —dijo Rictus—. Es lo que se solía hacer en Isca cuando yo era pequeño. Para mantener aquí su espíritu.

—Vivirá años y años —protestó Rian—. Tiene que vivir, tras una hazaña semejante.

—Eso espero —dijo Rictus, besándole la parte superior de la cabeza—. Tienes razón: lo merece.

—¿Y la campaña, amo? ¿Cómo ha ido este año? —preguntó Eunion—. La ciudad que os contrató fue Nemasis, ¿no es cierto?

A Eunion le encantaba oír noticias del ancho mundo, y era uno de los pocos hombres capaces de analizarlas con inteligencia. Rictus miró a Rian. Estaba sentada entre ellos, con la barbilla sobre las rodillas, frotando el vientre de Mij con los dedos de su pie desnudo. Rictus captó la mirada de Eunion, y vio la disculpa en el rostro del otro hombre.

—Ha sido una campaña muy larga —dijo de mala gana, y apoyó una mano en la nuca de su hija, como para protegerla—. Hubo pocos combates; uno o dos enfrentamientos al suroeste de Machran. Pero los venganos fueron muy testarudos. Tienen buenas tierras en torno a esa ciudad suya rodeada de murallas de barro, y no admitieron su derrota ni siquiera cuando les expulsamos del campo de batalla. De modo que se convirtió en una especie de asedio.

—¡Un asedio! —exclamó Rian, como si aquella fuera una revelación maravillosa.

—Algo raro en esta época —dijo Eunion. Se pasó una mano endu-
recida por el vello blanco de su barbilla.

—Algo raro, gracias a Dios. Y además en invierno. Pasamos allí los
meses más fríos del año, y devoramos todo lo que había en el campo
de los alrededores mientras los venganos pasaban hambre en la ciu-
dad. Hicieron una salida a fin de año, y aquél fue su error. Tomamos
la barbacana, y todo terminó.

—¿Y los términos? —Eunion siempre quería conocerlos. Tal vez se
debía a su propio destino en la vida.

—¿Qué les hicisteis? —quiso saber Rian. Eran sus propios ojos,
en el rostro de su hija, mirándole fijamente.

—Bueno, los nemasianos se habían visto obligados a pasar medio
invierno congelados en los campamentos en lugar de estar sentados
en casa con sus esposas, de modo que no estaban muy dispuestos a
la clemencia.

Rictus no quería decir más. No tenía ningún deseo de comunicar a
su hija ni a aquel hombre bueno y amable sentado a su lado nada
sobre la carnicería y el caos que habían puesto fin a la campaña.

—¿Sobrevivió Venga? —preguntó Eunion, con los labios apretados.

—Sí. Aunque perdió gran parte de sus tierras. —Y a la mayor parte
de sus hijos e hijas, añadió Rictus para sí, pensando en las largas
hileras de niños encadenados que habían llenado las carreteras en
dirección a los mercados de esclavos de Machran.

—Nosotros sufrimos pocas bajas, no más de cincuenta en total.

—¿Cincuenta? Eso no es nada. Casi no luchasteis —acusó Rian.

—Casi no luchamos —asintió Rictus, aunque algo en su rostro
hizo que Rian le apoyara una mano en la rodilla en un gesto de oscu-
ra disculpa.

—¿Y qué noticias hay de Machran, amo? —insistió Eunion—. He-
mos oído historias en Onthere y Hal Goshen, pero son tan confusas
que parecen poco más que mitos. ¿Sabes algo más sobre lo que está
ocurriendo en el este?

Rictus frunció el ceño, frotándose el muslo derecho justo bajo el
borde de su quitón. Allí había una cicatriz rosada que marcaba el
lugar donde una flecha vengana, casi sin fuerza, había impactado
contra su pierna el año anterior. Había tardado mucho tiempo en cu-
rarse en el frío del campamento, y todavía le molestaba cuando pasaba
mucho rato sentado sobre el frío suelo, como en aquel momento.

El este, donde había surgido aquel nuevo fenómeno, aquel prodi-
gio. Era todo lo que la gente le preguntaba en sus viajes: «¿Qué noti-
cias hay del este? ¿Qué está haciendo ahora?». Aquella aparición,
aquel fénix de la guerra.

—Es difícil separar el mito de la realidad cuando se habla del este

—dijo al fin—. Sé que está en el interior, que ha dejado Idrios atrás, y oí decir que Gerra y Maronen habían caído.

—Es cierto, entonces: ¡se dirige hacia aquí! —exclamó Rian, y levantó las dos manos como para atrapar un ramillete

—Si tiene Maronen —dijo Eunion en tono tenso—, su próximo paso tiene que ser Hal Goshen.

—Yo también opino eso.

—Amo, Hal Goshen está sólo a...

—Lo sé —le interrumpió bruscamente Rictus.

—¿Qué es lo que quiere, padre? —preguntó Rian.

Rictus se encogió de hombros.

—Algunos dicen que sólo busca dominar todas las ciudades macht. Pero eso es absurdo. —Hablaban por encima de la cabeza de Rian, mirando a los ojos a Eunion—. Cuando estuvimos en Machran, Karnos hablaba de invocar los términos de la Liga Avenia, y esta vez creo que las ciudades principales responderán. Si eso sucede, Machran puede poner en el campo un ejército aliado de unos cuarenta mil hombres, una fuerza como nunca se ha visto en las Harukush. Ese supuesto conquistador no puede enfrentarse a algo semejante. Se dará cuenta de que es absurdo, y dará la vuelta. —Quería que Eunion se mostrara de acuerdo con él, que tratara aquel tema como lo había hecho Rian. Pero el anciano no parecía dispuesto a ello.

—¿Es cierto lo que dicen de él, que es poco más que un niño? —preguntó Rian, con una amplia sonrisa.

—Es joven, según dice todo el mundo, pero hace falta algo más que un niño para hacer lo que él ha hecho durante estos tres últimos años. Tiene una docena de ciudades bajo su dominio, y las gobierna como un rey, aunque sin darse ese nombre.

Eunion asintió, pensativo.

—Se hace llamar Corvus. Una palabra muy antigua. Me preguntó de dónde la sacó. Se refiere a un ave carroñera negra, un cuervo o algo parecido.

—Le llaman así. Nadie sabe su verdadero nombre, o él no se ha dignado revelarlo, en cualquier caso. Pero, se llame como se llame, este año tiene un ejército de veinte mil hombres en el campo, que crece con cada nueva conquista. Cuando toma una ciudad, sus términos son tan benévolos que los ciudadanos casi se alegran de luchar después para él. No esclaviza a nadie, no confisca tierras ni propiedades. Sólo quiere hombres que empuñen la lanza en sus filas, y dinero para financiar sus campañas. Hace que la guerra se alimente a sí misma.

—He oído decir que sabe leer como un erudito —dijo Eunion, con una sonrisa curiosamente melancólica.

—No sé nada sobre eso. La gente dice muchas tonterías sobre él.
—Rictus miró fijamente a Eunion. Podía haberlo esperado de su hija, pero le decepcionó ver que el anciano estaba también atrapado por las historias, por la oleada de mitos que crecían en torno al tal Corvus. Había experimentado algo parecido en su propia vida, y sabía hasta qué punto la mezquindad podía agazaparse detrás de una leyenda—. También he oído que por la noche le crecen alas, que es el hijo del mismo Phobos, que ni siquiera es un macht, sino una especie de semidiós. Precisamente tú, Eunion, no deberías creer todo lo que oyes.

El anciano volvió a sonreír.

—Lo sé, amo. Pero a veces los hombres necesitamos historias.
—Apoyó una mano en la cabeza de Rian—. Todos las necesitamos. Es lo que nos distingue de las bestias.

Los dos captaron la irritación de Rictus. Rian se apartó de él para acercarse a Eunion, lo que le enfureció más aún. En silencio, los tres contemplaron las colinas, donde los oscuros bosques terminaban al borde de las montañas al norte y al oeste. La nieve de la noche anterior yacía sobre las cumbres; estaban blancas como un sueño invernal.

—Siempre me he burlado de los presagios y portentos, y los he considerado indignos del tiempo de un hombre racional —dijo Eunion—, pero si fuera un campesino de las colinas...

—¿Un cabeza de paja? —preguntó Rictus en tono burlón, casi amargo.

Eunion inclinó su cabeza calva.

—Ésa es una expresión que no había escuchado en mucho tiempo, viviendo aquí arriba. Pero si lo prefieres... Si fuera un campesino inculto de las tierras altas, podría interpretar algo en la derrota del águila por el viejo Grenj.

—¿Y qué interpretarías? —preguntó Rictus, de nuevo con el ceño fruncido.

—La alteración de la normalidad. Algo en el aire; un cambio para nosotros. Para todos nosotros. Para todos los macht.

—Lees muchas cosas en la buena suerte de esa cabra —dijo fríamente Rictus. No le gustaba oír a Eunion hablar de aquel modo.

—Perdóname, amo. Ese chico conquistador, ese... fenómeno... No creo que abandone este mundo sin dejar sobre él una marca todavía mayor de lo que ya ha hecho. Y, si te entiendo correctamente, tú crees lo mismo. Fornyx insinuó que estás pensando en colgar la capa escarlata. ¿Es cierto?

El rostro de Rian se levantó hacia él, abierto y lleno de alegría.

—¡Padre! ¿Es cierto?

—Eunion, saltas de un tema a otro como una de esas malditas cabras.

—Creo que no. Creo que hay una relación.

Rictus no dijo nada durante un buen rato. Mordió la cebolla, y el intenso sabor le inundó la boca. Luego la ayudó a bajar con un trozo de cremoso queso de cabra.

—Ese Corvus hace la guerra contra nosotros —dijo—. Y no es una guerra como las que hemos visto hasta ahora; lo hace todo de modo muy diferente. ¿Sabías que emplea la caballería en su ejército, no para explorar o recolectar, sino como parte de la línea de batalla principal? Como tú dices, es un fenómeno.

Rictus suspiró profundamente, notando el aroma de los pinos en el viento, y los olores más cercanos a cabra y cebolla, a lana y al sudor de su propio cuerpo y el de sus acompañantes. La esencia del mismo mundo, aquel tranquilo vacío de las tierras altas. Siempre le había parecido un lugar aparte, más allá de las preocupaciones y confines de las llanuras bajas, las ciudades, la política de los hombres.

Apoyó una mano sobre los hombros de Rian y la atrajo hacia sí, hasta que pudo oler la lavanda y el tomillo que Aise siempre introducía en los baúles de ropa.

—Padre...

—He sido soldado toda mi vida, Eunion. He llevado la Maldición de Dios durante casi un cuarto de siglo, y he visto a hombres matarse unos a otros en todas las formas concebibles. Es parte de la vida. Para mí, ha sido un oficio, una vocación para la que tengo aptitud, igual que otros hombres saben hacer música o construir con piedra y mármol. Lo acepto. He construido mi vida en torno a ello. Pero lo de ahora es algo diferente. Las cosas van a cambiar. Creo que llevar la lanza en los tiempos que se avecinan será como luchar en una guerra sin fin.

Inclinó la cabeza y besó el cabello negro de su hija.